

## COSMOLOGÍA MAYA

Los mayas imaginaban el Universo como un cuadrilátero sobre el cual se extendían las capas de los cielos, y bajo el cual se extendían las capas de los mundos inferiores.

Las capas de los cielos eran trece, y cada uno de esos estratos, en sus lados estaba sostenido por *ceibas*, el árbol sagrado de los Mayas; en el centro otra ceiba gigantesca llegaba hasta el primer cielo. Los trece cielos estaban asociados con los dioses del día, los *oxlahuntiRu*. Estas trece capas estaban dispuestas como seis escalones que subían desde el horizonte oriental hasta la séptima el *cenit*, donde otros seis escalones bajaban al horizonte occidental. De modo semejante otros cuatro escalones bajaban desde el horizonte occidental hasta el *nadir* del mundo inferior, y de allí otros cuatro subían hasta el horizonte oriental. O sea que en realidad había sólo siete capas celestiales y cinco infernales. El sol seguía esta suerte de romboide escalonado en su diario viaje por el cielo y en su nocturno recorrido del mundo inferior para volver con el alba a su punto de partida.

Contra esta estructura severamente geométrica, y como ya hemos apuntado, se alzaba exactamente en el centro de la tierra una gigantesca *ceiba*, el *yaxché*, árbol primero o “verde”. Sus raíces penetran en el mundo inferior; su tronco y sus ramas atraviesan las diversas capas de los cielos. Algunos mayas sostienen que por sus raíces subían al mundo sus ancestros y que por su tronco y ramas llegaban los muertos hasta el cielo más alto.

El eje vertical que enlazaba el *cenit* con el *nadir* atravesando el centro mismo del universo, era de suma importancia pues conectaba los diferentes niveles cósmicos y definía el punto de mayor sacralidad *el lugar central*, el ombligo del mundo, tierra de nadie con carácter enormemente ambiguo situada en la confluencia de todos los ejes, umbral por tanto de cualquiera de las regiones donde debió producirse el acto creador primordial y donde permanecía la carga de fuerzas o poder que hacía posible la perduración de la vida. Allí estaba plantado el árbol cósmico, la sagrada ceiba, el árbol de la vida.

Aunque ya lo hemos mencionado, queremos destacar que nos salen, si los contamos, siete puntos cardinales, pues a más de los cuatro habituales se consideraban como tales el *cenit*, el *nadir*, y el *centro*. Pero al respecto debemos añadir que algunos autores han sugerido que las direcciones norte y sur correspondían realmente al cielo y el inframundo, siendo por tanto los puntos extremos del eje vertical, Zenit – Nadir. Yo me identifico con esta opinión entre otras cosas porque el Norte, que viene determinado por el polo magnético, no me consta que fuera conocido en este sentido, y por oposición a este polo, también ocurriría lo mismo con el polo Sur. Aunque el motivo principal de la adhesión a esta sugerencia, es que explica mucho mejor la concepción de los colores asignados a estos puntos cardinales y su explicación metafísica.

El Blanco, el negro, el rojo y el amarillo son los colores que expresan simbólicamente las disparidades y contrastes – las divisiones en una palabra – de las regiones del universo. Evidentemente resulta que una vez seleccionados esos cuatro colores básicos, en virtud de su clara incompatibilidad y fuerte oposición ( blanco = luz – negro

= oscuridad; rojo = atracción, fuerza – amarillo = rechazo, debilidad), pues las cualidades sensibles de los colores son utilizados para la construcción lógica de oposiciones, la asignación a una y otra de las partes del cosmos sólo depende de que guarden el mismo tipo de antagonismo entre sí.

El negro puede ser un color adecuado para el inframundo o para la dirección donde se encuentra la entrada a ese reino infernal, ya que se trata de un país en tinieblas, o el amarillo para el donde habitan los muertos, porque este es el aspecto pálido que presentan los cadáveres. El rojo y el blanco, los explicaremos siguiendo una secuencia de la trayectoria del sol en el sentido iniciático. Partiremos del Oeste, lugar por donde vienen las energías negativas, lugar identificado con el negro, color de la materia, de la oscuridad, color del que parte el que busca la luz, siguiendo hacia el inframundo, recordando que “aquel que no renazca de nuevo no entrará en el reino de los cielos” y para renacer hay que morir, ese morir a lo material a las viejas concepciones transcurren por el amarillo, el mundo de los muertos, recordad “dejad que los muertos entierren a sus muertos”, y siguiendo el camino del Sol, el camino del despertar vamos al encuentro del este, lugar por donde sale el Sol, por donde entra la luz y las energías positivas, hacia el color rojo, el color del iniciado, el color de la lucha, el color del despertar, el color del ser consciente, el color que es tránsito hacia el Cenit, hacia la espiritualidad, hacia lo que representa el color Blanco, el lugar de la divinidad.

El cielo más alto era la morada del creador original, el dios Ameteotl que en el concepto de estos pueblos era varón y hembra al mismo tiempo. Curiosamente eso me recuerda que se nos ha enseñado que el semicírculo superior es el símbolo del hombre, y que el semicírculo inferior representa la mujer, el espíritu, la materia, y que unidos hombre–mujer, espíritu-materia, forman un círculo, que simboliza a Dios. En ese séptimo cielo, habitaba ese dios creador de los dioses y de los hombres.

Puesto que el término *caan* significa a la vez “cielo” y “serpiente”, el símbolo del cielo era la imagen de una serpiente de dos cabezas, que a las características de un reptil unía rasgos de ave, es decir unía la simbología de lo terreno de lo que reptaba, con lo divino, con lo que vuela. Sobre su cuerpo aparecían los símbolos del sol, de la luna, de las estrellas.

También el mundo subterráneo estaba estratificado en nueve niveles, como ya hemos dicho, todos ellos guardados por dioses llamados *Bolontiru*. Era el lugar donde yacían las almas de algunos antepasados, los que en vida habían cometido malas acciones. El Sol, la luna y los diversos cuerpos celestes pasaban por este mundo subterráneo después del crepúsculo para luego resurgir. Este mundo subterráneo se llama *Xibalbá*.

Tenemos que mencionar que los cielos en sus esquinas, estuvieran sostenidos por cuatro *Bacabs*, o talantes divinos que a nosotros, en nuestro tiempo, y en nuestro lugar nos recuerdan a los cuatro ángeles cardinales, Del mismo modo las esquinas del mundo fueron sustentadas por cuatro *Chacs*.

Quisiera comentar el retrato del inframundo y de los Nueve Señores de la Noche que nos hace el Popol Vuh. Este frío y desagradable lugar, que fue el destino de la mayoría de los individuos mayas después de su muerte, está jalonado por una serie de peligrosas pruebas y trampas manejadas por estas entidades, por esas deidades.

Todos aquellos, que eran pocos, que conseguían pasar estas duras pruebas (que podemos comparar con las pruebas de la iniciación) renacían a un nuevo estado (conseguían un plano de conciencia superior, eran iluminados) que seguía a la muerte (renacía el hombre nuevo). El infierno se conocía como *Metnol*, y estaba regido por *Hunhau*.

Hay un antagonismo entre el cielo y el inframundo, y se producen combates entre los dioses y los nueve dioses que personifica esas abstracciones. El cielo, sus poderes y sus personificaciones representan las potencias del bien, de la bondad, de la luz, que inspiran la confianza y la rectitud; el inframundo, con sus relaciones con la muerte, representa las potencias del mal, a las que pertenecen las tinieblas de donde salen los seres que en ellas habitan para hacer daño al hombre.

No quisiera terminar este apartado de cosmogonía maya sin hacer caer en la cuenta que su concepción de los siete ciclos, vista desde la iniciación, nos entronca directamente con los siete palacios, con las siete montañas, con los siete Chacras, con los siete porteros, con los siete ángeles, con los siete días de la semana, con los siete brazos de la Amenorah, con los siete grados de consciencia, con los siete agujeros de la cabeza, con los siete grados de iniciación, con los siete colores del arco-iris, con los siete rayos, con los siete pecados capitales, con los siete dones del Espíritu Santo, las siete iglesias, los siete sacramentos, etc. etc. Y recordar que el número siete, es el número de la Espiritualidad, el Misticismo, la Sabiduría. Y podríamos seguir con los siete sentidos místicos, los siete planos, las siete almas en el sistema egipcio, la división Septenaria del hombre según la Kabalah y tantos y tantos mas.

Entre el cielo y el inframundo existió un tremendo antagonismo, con frecuentes combates entre los dioses que respectivamente les dominaban. Además, ambos mundos tienen, en la concepción del universo maya, connotaciones sexuales: el cielo es masculino (recordemos que simbólicamente el hombre, lo masculino, en la relación angélica se nos presenta como espíritu); y el inframundo, femenino, (también lo femenino según los ángeles representan la materia); y su unión da vida místicamente al mundo, un hecho que se acomoda a la concepción dualista de la religión maya.

La tierra se concebía como el lomo de un cocodrilo, en reposo dentro de una laguna cubierta de nenúfares, de vez en cuando, los movimientos del animal producían un terremoto

En la cosmología mesoamericana, el hombre estaba integrado con el espacio, el tiempo y los dioses, en un universo jerárquicamente estratificado, incluso en su estructura material. Su idea base es considerar al mundo como un continuum crono-espacial, unión tiempo y espacio, *con una creencia de la repetición de soles* o épocas que nacen y se destruyen hasta el presente, por *un lapso temporal de 5.200 años*. Es decir pensaban que el tiempo se desarrollaba cíclicamente en larguísimos eras, al final de cada cual el mundo era destruido para resurgir poco después de sus cenizas en una nueva era.